

José Estrañi: *Autobiografía humorística*, Santander: Asociación de la Prensa de Cantabria, 2008, 184 pp.

<https://doi.org/10.55422/bbmp.592>

El periodismo experimentó un desarrollo espectacular en España a lo largo del siglo XIX. Como consecuencia del levantamiento popular contra la invasión francesa en 1808 se establece prácticamente la libertad de prensa; sirva de muestra este dato: hacia 1820 se editaban sólo en Madrid más de sesenta periódicos. La monarquía absolutista de Fernando VII entre 1823 y 1833 trató de limitar estas publicaciones a los diarios oficiales; sin embargo al morir el rey en 1833 se produce el regreso de los exiliados, quienes junto a los jóvenes románticos -como Larra o Espronceda- contribuyen modernizar el periodismo español, en la línea de los más avanzados diarios de Francia o Inglaterra.

Un periódico de estos años contaba por lo general con cuatro páginas. Dos operaciones aseguran una creciente rentabilidad: en primer lugar, la introducción de la publicidad en la cuarta página que permite reducir el coste de venta del ejemplar. También el empleo del «boletín» o «folletín», que incrementará notablemente su difusión. Se trataba del espacio inferior de la primera página, aislada del resto por una línea negra -lo que facilitaba la conservación aparte- y dedicada al arte o la cultura. A finales de los años 30 se dedica este espacio a la publicación de novelas -pronto denominadas folletines- que facilitarán el espléndido desarrollo del género narrativo en el siglo XIX. La mayoría de los grandes escritores del siglo colaboraron en la prensa. Empezó Larra, al que siguieron Bécquer, Valera, Alarcón, Pereda, Galdós, Clarín y los futuros integrantes de la generación del 98.

La prensa fue también el vehículo de difusión del costumbrismo, aquella especie de literatura menor que reflejaba de manera sencilla y pintoresca costumbres, modos de vida o tipos característicos, dado que la corta extensión del «cuadro de costumbres» lo hacía especialmente apto para las páginas de los periódicos. Y como una prolongación del costumbrismo cabe interpretar *Autobiografía humorística*, título de José Estrañi (Albacete, 1840-Santander, 1919) que ha publicado la Asociación de la Prensa de Cantabria, al cuidado de José Ramón Saiz Viadero.

Se trata de una obra publicada por el fundador y director y de *El Cantábrico* en 1916, ya en las postrimerías de su vida, con la intención de desgranar de forma desenfadada los recuerdos de su dilatada existencia, en una línea que se asemejara a las *Memorias de un desmemoriado*, que había publicado su gran amigo Galdós a lo largo de quince entregas en *La Esfera* entre 1915 y 1916. Se suceden así veintiocho anécdotas o textos breves, que de forma cronológica reconstruyen simpáticos sucesos que marcaron la vida del autor, casi siempre ubicadas en su primera mitad: estudios juveniles; afición al teatro e incapacidad para la música; experiencia como contable en los ferrocarriles del Norte; el advenimiento de la Primera República; pinitos como autor de piezas cómicas; revistero taurino y finalmente algunos de sus problemas con la justicia a causa de su desenfadado anticlericalismo.

Lo cierto es que apenas tres o cuatro transcurren en Santander, la ciudad donde se desarrolló buena parte de la trayectoria profesional de Estrañi, que había fundado de *El Cantábrico* en 1895. A esta primera sorpresa para el lector santanderino, se añade otra perfectamente analizada por Saiz Viadero en su excelente introducción: la ausencia de cualquier referencia a Galdós, íntimo amigo y correligionario de Estrañi, quien había sido además uno de los tertulianos habituales de la residencia «San Quintín»; explica esta omisión el prologoista tanto

por la negación del autor de *Gloria* a escribir el prólogo de la Autobiografía, como porque tampoco el narrador canario se había acordado de Estrañi en sus *Memorias* antes citadas. Tampoco la adscripción de Estrañi a la masonería ni su vida familiar y personal ocupan espacio en la obra, que se ve privada así de uno de los veneros principales de los que se alimentan los memorialistas desde los orígenes de este subgénero; no faltan, eso sí, los poemillas y aleluyas en verso con los que el periodista se había hecho enormemente popular entre los lectores santanderinos.

Al acabar la obra, el lector tiende a dar la razón a José M^a de Cossío cuando –como acertadamente recoge Saiz Viadero– se negó en 1930 a apoyar la construcción de un monumento a Estrañi, exponiendo sus argumentos en un célebre artículo publicado en *La Región*: «Fue Estrañi ingenioso, sin duda, pero sus escritos no pudieron sustraerse a la corriente de chabacanería, de pobreza espiritual, de gracia ramplona que caracteriza su tiempo». Por lo demás, es preciso alabar la elegancia formal de la edición, obra de Artes Gráficas Bedia, con precioso dibujo de cubierta a cargo del pintor Ricardo Bernardo e ilustraciones de Laureano Miranda. Por su parte J.R. Saiz Viadero en su mencionada introducción aporta todos los datos necesarios para entender la obra en su contexto; anota con rigor cada uno de los textos y añade al final útil bibliografía y hemerografía el autor.

JOSÉ MANUEL CABRALES ARTEAGA
SANTANDER